

Todos los hechos, ya sean históricos o simplemente sociales, nunca pueden valorarse, positiva o negativamente, con los ojos o las circunstancias actuales, y cuando así se hace se comete uno de los mayores errores; cada cosa en su tiempo y sus circunstancias.

Voy a relatar en estas páginas, recordando a mi padre o hablando sobre mi padre y su huella en el tiempo, mis vivencias en una época y en otra. No pretendo que todos los españoles coincidan conmigo, cada uno cuenta la feria como le va en ella.

Siempre ha sido norma de mi vida defender las cosas que yo creo justas con uñas y dientes y, para conseguir este objetivo, relato hechos, expongo razones y añado a estos dos ingredientes mi experiencia personal y, en muchos casos, mis vivencias, por ser testigo de excepción en no pocas ocasiones y porque durante muchas décadas he sido el ratón de archivo de los papeles de mi padre.

Me vais a permitir que os narre en estas páginas mis vivencias personales sobre mi padre, puedo afirmar que tengo muchas, y por dos razones: siempre le acompañaba y he tenido la suerte de vivir toda la vida con mi madre. Ella ha sido la que me ha transmitido estas vivencias, que son el vivo retrato de cómo era mi padre.

Por supuesto no conocí la guerra, pero sí la posguerra, y como empecé a trabajar a los 20 años me considero orgullosa de haber contribuido a levantar España, y decir a los hijos y nietos de mi generación que han tenido la suerte de vivir una época de comodidades, y esas no surgen por generación espontánea, sino que se deben al esfuerzo de todos y cada uno de los españoles que aguantamos ir a clase con estufas de serrín, con malas carreteras y peores trenes...

Mi intención, con estas memorias, no es otra que cumplir con aquello que nuestro padre, el general Juan Yagüe Blanco, nos inculcó desde niños. Algo que él sintetizaba en una frase que repetía muy a menudo y que nos marcó a todos: "Yo no voy a dejaros dinero, no lo tengo, pero sí un apellido limpio". Y yo quiero que el apellido que heredé de mi padre, del que siempre me he sentido muy orgullosa, siga limpio.

Mi padre fue siempre un hombre tremendamente popular. En Burgos, solíamos ir a Misa de una a Jesuitas, y lo recuerdo perfectamente: nos sentábamos en una de las terrazas del Paseo del Espolón (El Rin, Numancia o Pinedo) y con toda naturalidad los burgaleses se acercaban a saludar a don Juan, así domingo tras domingo durante los nueve años que ocupó y trabajó por su pueblo desde Capitanía.

¡Popularidad! Al conocerse la noticia de su fallecimiento, un 21 de octubre del año 1952, el comercio cerró por decisión propia. Al día siguiente, en el Salón del Trono de Capitanía, se instaló la Capi- lla Ardiente. Fueron muchísimos los burgaleses que acudieron a dar a Yagüe el último adiós. Conservo un importante colección de fotos del sepelio como muestra de aquella muestra de cariño popular, y aún se puede ver el reportaje que hizo NO-DO del entierro de mi padre.

Es posible un haya personas que en la actualidad me digan: "lo que cuentas, María Eugenia, se hace siempre y por supuesto no es nada extraordinario". Es posible, pero no recuerdo que se hayan dado en la historia reciente tantas manifestaciones de

duelo popular, más aún si se trata de un militar pero también de un político al servicio de los españoles, como lo fue mi padre.

Sin embargo, yo soy testigo de excepción de lo sucedido desde entonces a hoy, de lo vivido a lo largo de los casi 70 años transcurridos desde que nos dejara. En ellos he sentido muy cerca el valor del calor del recuerdo. Aún hoy recibo con gran orgullo y satisfacción esas muestras cada vez que un burgalés se me acerca y me dice: “¿usted es la hija de Yagüe?”. Mi contestación es siempre la misma: “Sí, y a mucha honra”. Y hablamos de Yagüe, de mi padre: “lo que hizo su padre por Burgos no lo ha hecho nadie”. Muchas veces me relatan anécdotas que por supuesto yo guardo en mi memoria y algunas voy a trasladar a estas páginas.

Esto es la excepción y lo extraordinario: recordar a una persona durante tanto tiempo no es lo normal. Como hija y desde estas páginas agradezco a todas las personas las palabras de cariño y de ánimo que recibo.

Disfruto como una enana, leyendo, ordenando papeles por eso mi madre, con mucha razón, me decía que era un buen ratón de biblioteca, y esta satisfacción y este disfrute aumenta cuando ordeno, leo y copio los papeles del archivo de mi padre, el cual ha sido y está siendo un trabajo apasionante.

Voy a adelantar algo en esta introducción. Soy biznieta de Eugenio Montero Ríos, un destacado gallego, mejor jurista y gran político. No recuerdo el día, pero no es importante. Me llaman mis hermanas Blanca y Paloma para decirme que están pensando en organizar una reunión familiar en los días de carnaval con los primos de las familias Calderón, Saavedra, Martínez del Campo y Yagüe, y me preguntan si me apunto. Contesto que sí. La comida la tenemos en el restaurante del Centro Riojano, calle Serrano 25, esquina Hermosilla. Es el año 2001. El año anterior había empezado a contactar con los miembros de la familia de mi madre, con la idea de hacer nuestro árbol genealógico. La comida fue entrañable, y en los postres se acuerda repetir y ampliar el número de comensales. Además, surgió una idea -no recuerdo muy bien quien la propuso-: ¿por qué no vamos a Galicia a homenajear a nuestro bisabuelo Montero Ríos? Me ofrecí a organizarlo, y se decide que se haga durante el mes de junio, y, con calendario en mano, se acuerdan los días 21 y 22 de junio. A mi regreso a Valladolid, me pongo manos a la obra.

Si la comida fue extraordinaria y entrañable, el viaje a Galicia acapara las mayores alabanzas de mis hermanas, hasta el extremo de calificarlo como es el acto más importante de su vida, dejando en segundo lugar el día de su boda.

A la vuelta del viaje me hago la siguiente reflexión: mi bisabuelo Montero Ríos es un gran personaje en la Historia de España, Martínez del Campo también, pero por supuesto mi padre no se queda atrás. Dejo en el fondo del cajón el árbol genealógico.

Volviendo de este viaje tan agradable, fui consciente de que descendía de personas tan importantes como Montero Ríos. Y a mi bisabuelo y abuelo añadí, como es lógico, el nombre de mi padre; tenía que hacer algo para rescatar su memoria. Y con esta reflexión y con este convencimiento comencé a solicitar a todos los organismos oficiales militares que me enviaran fotocopias de los documentos referentes a mi

progenitor. Y quiero resaltar que mi petición fue atendida, demostrando el afecto, respeto y admiración que dentro de las Fuerzas Armadas se guarda hacia su figura, sentimiento que en mí supuso un orgullo, por ser hija de tal ilustre soldado.

Empecé a ejercer de ratón en el archivo, que durante más de 50 años se encontraba en unas condiciones penosas, y me hice el primer reproche: es una vergüenza tener esto como está, y, poco a poco, ordené cartas. Pasé al ordenador sus discursos, muchos de ellos manuscritos, planché fotos, telegramas y prensa, y leí con todo detenimiento una memoria de la Cooperativa de Campo y Consumo, órgano que juntamente con el Ayuntamiento de San Leonardo de Yagüe, fueron promotores del desarrollo y puesta en marcha de la magnífica obra que hizo mi padre en su pueblo, y que ahora podrán mis lectores conocer.

Con gran entusiasmo leí su hoja de servicios, digna de ser publicada íntegramente, pues desde el principio de la misma se percibe el gran personaje que llegó a ser.

Leí la Batalla del Ebro, reseñada día a día, hora a hora y minuto a minuto, con unos planos que, dicho por expertos, son una verdadera joya.

Pasé al ordenador el dietario del año 1934, donde de su puño y letra, relata de una forma minuciosa la Revolución de Asturias, y, me vais a permitir, que haga referencia a un dato personal: es el dietario del año 1935, en el día de mi nacimiento.

Pone escuetamente lo siguiente: “Mary ha dado a luz”, sin más comentarios, sin más palabras. Esto, para mí, indica una manera de ser. No se va por las ramas, habla y dice lo justo y así se puede comprender la labor que hizo en Burgos, Soria, en su pueblo, en toda la región militar y también fuera de ella. Trabaja sin descanso y sin pérdida de tiempo, parece que es consciente de que su vida va a ser corta, como así fue.

En el capítulo de correspondencia creo que hay más de 20.000 cartas de todo tipo y condición, desde dos cartas de don Juan a mi padre, y varias de mi padre a don Juan; hasta unas a unas viejecitas pidiendo les tramite una pensión.

Varias cartas de madres y esposas rogando que sus hijos y maridos, que se encuentran en instituciones penitenciarias por razones políticas, le piden que archive sus expedientes.

Recuerdo que mi madre me comentaba, que esta lentitud en los temas jurídicos, a mi padre, le enervaba porque decía que la mayor de las injusticias era que la justicia fuera lenta.

Todas ellas tienen el mismo denominador común: solucionar problemas, ayudar a la gente e intentar por todos los medios la reconciliación entre los españoles.

Le he dedicado y le sigo dedicando mucho tiempo a este trabajo, y lo han visto personas expertas en el tema, y no tan expertas, y todos coinciden en que es un archivo de gran valor histórico y que el interés general está y debe estar por encima del interés personal.

Sobre el archivo, me comentaba hace tiempo un primo mío fallecido hace años, Juan José Rojo, lo siguiente:

Kay, en vida de tu padre yo era una persona adulta y por tanto él sabía a quien le hacia el siguiente comentario: Aquí, Juan José, -decía mi padre refiriéndose a unos cajones donde se encontraban estos documentos-, está escrita parte de la Historia de España, por si pasado un tiempo y hay quien tenga la tentación de contarla de otra manera.

A partir de noviembre de 1975, parece que la veda se levanta y, con furor o con periodos más tranquilos, empieza la guerra de las palabras, atacando con mentiras y falsedades la conducta intachable del General Yagüe, hasta el extremo que en un momento dado mi madre me comenta: “Kay, yo quiero que sepas que tu padre era...”. La corté en seco, y le dije: “Lo que yo he vivido y yo he visto con mis propios ojos, no necesito que nadie me lo explique, ni pretenda cambiar el gran concepto que tengo de mi padre”.

Desde ese momento, cada vez que en los diferentes medios de comunicación se metían con mi padre, me decía: “Kay, se meten con tu padre, contesta”. Encargo que me supuso una gran satisfacción y orgullo, por hacerme defensora de tan importante señor.

Como es lógico y normal lo sigo haciendo con más coraje y con más empuje, como demostraré en este texto, y lo haré mientras las fuerzas no me abandonen.

Yo siento la gran satisfacción del deber cumplido y de haber defendido, y con este libro seguir defendiendo, con uñas y dientes, parte de la Historia de España, y de darles a los defensores de la “Memoria Histórica”, abriendo el archivo de mi padre, la oportunidad de que conozcan de primera mano la Historia de España, la cual se escribe día a día, y ninguna ley puede cambiar ni su rumbo ni su realidad.

Este libro tiene su prehistoria. En el año 2011, la Fundación Yagüe que, como digo siempre, la presido con mucho orgullo, publica un libro que lleva por título *El General Yagüe. Imágenes inéditas*, en la contraportada de este libro decía:

Con pasión filial, pero sólo la justa, con la vehemencia que me caracteriza siempre, pero amortiguada por la paz que dan los años, escribo este libro con gran cariño y con gran ilusión

Cuando se nombra al General Yagüe o se habla de él la conversación gira siempre en torno a dos temas: la Guerra Civil y Badajoz, y por supuesto que así fue, pero el General Yagüe hizo más cosas en su vida. No espere el lector que esos hechos, la guerra y Badajoz, sean la base de mis recuerdos.

Este libro, *El General Yagüe. Mi padre*, relata, como se suele decir, con pelos y señales, esas otras cosas que hizo mi padre en su vida, y que como anota algún historiador fueron igual de importantes.

Pretendo que las personas que lean este libro, y quiero que lo hagan las generaciones presentes, lleguen a conclusiones diferentes a lo que hasta ahora se ha pretendido. Yagüe fue un gran hombre, ganó la guerra, pero también supo ganar la paz teniendo como objetivo propio la reconciliación entre todos los españoles.

Confío, mi querido lector, que disfrutes con este libro con la misma intensidad que yo he escrito y una vez más, manifiesto que me siento muy orgullosa de ser su hija, es es la razón del título: *El General Yagüe. Mi padre.*

María Eugenia Yagüe Martínez del Campo